

BIOGRAFÍA

La joya del movimiento feminista en Colombia

Esmeralda Arboleda.
La mujer y la política

PATRICIA PINZÓN DE LEWIN

Taller de Edición Rocca, Bogotá, 2014,
457 pp., il.

ASÍ COMO a las primeras feministas de los años veinte y treinta les decían “traviesas muñecas de salón”, Alfonso López Michelsen llamaba a sus sucesoras “las faldas asustadas” porque no apoyaban su Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), pero al cabo del tiempo, cuando entró al redil del Partido Liberal, Esmeralda Arboleda participó activamente en su campaña presidencial. Y es que para ella la fidelidad al partido era un deber casi conyugal.

Esta líder sufragista murió en 1997, después de una vida intensa y apasionada al servicio de la causa feminista y del Partido Liberal, dos amores sumados al que sintió por su hijo, Sergio Uribe, quien encargó el libro a Patricia Pinzón de Lewin, amiga cercana de la casa, aparte de vecina en el barrio La Soledad. A su vez, la politóloga de los Andes e investigadora buscó a Sonia Cárdenas, cuya amistad con Esmeralda comenzó en 1956, cuando era asistente de Otto Morales Benítez, secretario general de Partido Liberal, y Esmeralda era secretaria de Asuntos Femeninos del partido rojo. Entonces, Sonia se convirtió en amiga y mano derecha de Esmeralda. Toda una red de afectos para rendir el homenaje que estaba en mora.

No falta hito del movimiento feminista en Colombia entre los años cincuenta y sesenta del siglo pasado en esta monumental biografía, prologada por el historiador inglés Malcolm Deas, amigo personal de la connotada política, así como también la presenta Sergio Uribe Arboleda, hijo único del primer matrimonio de Esmeralda con Samuel Uribe. Pero sobre todo deja lecciones a las jóvenes de hoy, en su mayoría desentendidas de la política, que leyéndola se darían cuenta de lo que costó adquirir en Colombia ese derecho ciudadano.

Esta investigación también demuestra la vigencia de algunos discursos de Esmeralda Arboleda, que difundió desde el Congreso y los medios de comunicación, como su defensa de la paz. Y es que estaba convencida de que el carácter conciliador de la mujer contribuía al clima de paz en épocas tan duras como la de la Violencia. Por ello, el 27 de noviembre de 1957, en el discurso que pronunció en el Teatro Faenza para promover el voto por el plebiscito, dijo que a las mujeres colombianas les había correspondido el honor de votar por primera vez “no por un candidato, ni por una lista, sino por la paz nacional, y porque cese el odio entre los colombianos (...)”. Desde María Cano, ninguna otra mujer se había tomado la plaza pública. Y su verbo tuvo mucho que ver con el 41% de mujeres que acudieron a las urnas en esa jornada.

El libro sigue la estructura cronológica con un primer capítulo titulado “Las raíces”, donde se descubre la genética de nuestro personaje, de familia antioqueña y payanesa, para detenerse en el perfil de su madre, Rosita. Cuando la familia Arboleda Cadavid trasladó su residencia de Palmira a Cali, la matrona paisa se empeñó en que sus seis hijas tuvieran una educación completa como los hombres, lo que no se estilaba en la época. A las mayores las envió a terminar el bachillerato en Bogotá, en el Colegio de María Inmaculada, más conocido como el de las señoritas Casas.

Como “bachillera” graduada en 1938, Esmeralda pudo ingresar a la Facultad de Derecho de la Universidad del Cauca. En su alma máter experimentó la discriminación de género, pero esto, lejos de amedrentarla, le envalentonó. En 1944 obtuvo su título como primera abogada de la Universidad del Cauca y luego fue a especializarse en justicia para menores en Estados Unidos, becada por el Departamento de Estado. Al regresar sustentó su tesis de grado, “Un programa para adaptar socialmente a los menores delincuentes”.

Y se fue abriendo sus espacios laborales, en parte con ayuda de prohombres del Partido Liberal, como Alfonso López Pumarejo; además de intelectuales de la talla de Luis López de Mesa, Baldomero Sanín Cano y

Otto Morales Benítez. Y es que por su don de gentes y simpatía atrajo a muchas figuras del arte y de la literatura, como se aprecia en las fotos que acompañan este libro.

Después de mostrarla ya graduada de la universidad y con estudios de posgrado en Estados Unidos, la biógrafa refiere cómo la profesional contrae matrimonio e inicia la batalla por el voto de las mujeres, que terminó por concederles el general Gustavo Rojas Pinilla en agosto de 1954. Ese mismo año fue nombrada miembro de la Asamblea Nacional Constituyente (Anac), la única liberal junto con las conservadoras Josefina Valencia de Hubach y Bertha Hernández de Ospina. Pero al año siguiente fue destituida por el mismo Jefe Supremo y, debido a la persecución del régimen, en 1957 tuvo que tomar el camino del exilio que la llevó a Boston, Estados Unidos, con su pequeño hijo.

Gracias a la entusiasta campaña que hizo por el Frente Nacional, consiguió tal caudal de votos entre la población femenina que fue elegida senadora por el Valle del Cauca, convirtiéndose en la primera mujer que alcanzó este cargo en Colombia (a propósito, su hermana Pubenza le mandó un simpático mensaje donde decía: “¡Felicitaciones, ya eres madre; ahora eres Padre de la Patria!”), y en 1961 asumió el Ministerio de Comunicaciones bajo el gobierno de Alberto Lleras Camargo.

Claro que ese escenario internacional le dio otra proyección a su discurso reivindicativo de la mujer colombiana, que sintonizaba con los debates de los países desarrollados. En sus intervenciones públicas, de las que el libro ofrece ilustrativos fragmentos, se aprecia su capacidad retórica para cautivar a la gente común con un lenguaje directo, sencillo y apelativo. No hay que olvidar que pulió su verbo en las tribunas de prensa de *El Espectador* y *El Tiempo*, donde sostuvo su columna entre los sesenta y los setenta. Una compilación de esos escritos lleva el título de *El Tiempo de la mujer* (Instituto Colombiano de Cultura, 1977). Además, en esta última década se lanzó al set televisivo y dirigió el programa de debate *Controversia*, en compañía de los periodistas Iáder Giraldo y Alfonso Castellanos. Por este espacio, en 1965, recibió el Premio

RESEÑAS

Nemqueteba en la categoría de panel de opinión.

En 1966, Lleras Restrepo la nombró senadora por Bogotá, pero un año después la designó embajadora en Austria. Luego llegó el nombramiento como embajadora de las Naciones Unidas en Nueva York, que a la vez significó un giro en la vida de Esmeralda al contraer matrimonio, en 1968, con Francisco Cuevas Cancino, embajador de México ante la ONU, y sus padrinos de boda fueron nada menos que Julio César Turbay Ayala y señora.

Al concluir la lectura del libro, queda una pregunta por los orígenes del movimiento feminista en Colombia, y por ello convendría aclarar que Esmeralda Arboleda recibió el testigo de manos de la santandereana Ofelia Uribe de Acosta, entre otras féminas nacidas a finales del siglo XIX y comienzos del XX, a quienes les decían “las luchadoras”, y que ante todo buscaron sus propios espacios políticos. En cambio, Esmeralda y sus coetáneas dieron la pelea dentro de los partidos tradicionales porque no querían enfrentamientos de género. Arboleda no estaba de acuerdo con fundar un tercer partido o partido femenino: “El feminismo colombiano no se ha hecho para derrotar a los varones, sino para formarlos, para trabajar con ellos y por ellos, para acompañarlos hombro a hombro, lo mismo en la brega de hacer un hogar que de hacer una patria”, escribió en uno de sus más citados artículos.

Según dice Sergio Uribe en el preámbulo, esta es la biografía más completa que se haya escrito sobre su mamá (aunque, en 1996, Barbara Frechette había publicado *Poder compartido*, donde se ocupa del ejercicio político de Esmeralda Arboleda). Esta pesquisa partió de 2.000 folios que, junto con el archivo personal de la política, fueron donados a la Biblioteca Luis Ángel Arango para consulta de los interesados. También incluyen documentos personales como cartas, calificaciones, diplomas y recortes de prensa que ilustran cada evento en la vida de la biografiada. Y al final de cada capítulo se presentan detalladas referencias bibliográficas que sirven de interfase a la lectura.

Otro valor agregado del libro son las numerosas fotografías, el álbum com-

pleto de la política desde su niñez hasta su madurez. Siguiendo esas fotos, el lector puede advertir un bache extenso en relación con el primer matrimonio de Esmeralda. En la foto de 1946, sale ella vestida con traje de calle y los invitados a su boda —entre ellos Sanín Cano— en una sencilla ceremonia. Y no vuelve a aparecer ninguna mención al marido. Casi al final, cuando se casa con el embajador mexicano, nos enteramos de que se había separado de su primer esposo a los diez años de casada. En 1984 tuvo el valor de separarse por segunda vez y regresó a Colombia para continuar con su matrimonio más estable y duradero: la política.

Virgilio Barco la nombró directora del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), donde volvió a sus preocupaciones de juventud por la infancia y la adolescencia, y luego participó en la convocatoria de la Asamblea Nacional Constituyente de 1991, cuando de nuevo movilizó a las mujeres en torno a la paz (aunque luego lamentaría que solo cuatro mujeres hicieran parte de la Constituyente). Su última participación en la vida pública fue como miembro del Tribunal Ético del Partido Liberal en el gobierno de Ernesto Samper. Su batalla final, dice Pinzón de Lewin, fue un memorando firmado por más de 2.000 vallunos pidiendo una salida democrática institucional al llamado Proceso 8.000. En 1997 falleció a consecuencia de una afección renal.

A veinte años de su muerte, lo que más habría que agradecerle a Esmeralda Arboleda es que acabó con el mito de la “incapacidad intelectual de las mujeres”, como muchos hombres lo daban por hecho. Y, por supuesto, demostró su capacidad legal, como insistía en todos los escenarios, principalmente en el Congreso y en sus columnas de prensa. Razón tenía Lucas Caballero Calderón (“Klim”) cuando escribió que Esmeralda ostentaba más títulos que muchos hombres para figurar en el *Who's Who*.

Maryluz Vallejo

Profesora titular

Pontificia Universidad Javeriana